

dijo: *Hoc facite in meam commemorationem*. Luc. xxii, v. 19; I Cor. xi, v. 24, 26. Cada vez que celebráreis este misterio, celebradlo en memoria de mí; acordándoos de lo mucho que os amé, de lo mucho que os quise, y de lo mucho que por vuestra causa padecí.

Engrandecia mucho Moisés al pueblo de Israel, que no había nación tan grande que tuviese á Dios tan cercano á sí como ellos: *Nec est alia natio tam grandis, que habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris*. Deut. iv, v. 7. Y Salomon, habiendo edificado el templo, se espantaba, y decia: ¿Es posible que more Dios con los hombres en la tierra? Si el cielo y los cielos de los cielos con toda su anchura no bastan, Señor, para darte lugar, ¿cuánto menos bastará esta pequeña casa que yo he edificado? ¿Con cuánta mayor razon podemos nosotros decir esto, pues no ya la sombra y la figura, sino al mismo Dios tenemos en nuestra compañía? *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi*. Matth. xxviii, v. 20. Gran consuelo y favor fue querer quedarse Cristo nuestro Redentor en nuestra compañía para consuelo y alivio de nuestra peregrinacion. Si acá la compañía de un amigo nos es consuelo en nuestros trabajos y aficciones, ¿qué será tener en nuestra compañía al mismo Jesucristo, y ver que entre Dios por nuestras puertas, y se pasee por nuestros

barrios y calles, y se deje llevar, y sea portátil, y que le tengamos de asiento en nuestros templos, y que le podamos visitar muchas veces, y á todas horas, de dia y de noche, y tratar allí con él nuestros negocios cara á cara, dándole cuenta de nuestros trabajos, y comunicándole nuestras tentaciones, y pidiéndole remedio y ayuda para todas nuestras necesidades, confiados que quien nos amó tanto, que quiso estar tan cerca de nosotros, no estará léjos para remediarnos? *Ponam tabernaculum meum in medio vestri: ambulabo inter vos, et ero Deus vester*. Levit. xxvi, v. 11. Andaré y pondré mi asiento en medio de vosotros: iré donde me quisiéreis llevar: pasearme he por vuestras calles, honraros he. ¿Qué corazon hay que no se enterezca é inflame viendo á Dios tan casero?

No se contentó el Señor con que le tuviésemos en nuestros templos y casas, sino quiso que le tuviésemos dentro de nosotros mismos; quiso entrañarse en nuestro corazon. Quiso que vos mismo fuésets el templo y el cáliz, la custodia y relicario donde estuviese y se depositase este santísimo Sacramento: *Inter ubera mea commorabitur*. Cant. i, v. 12. No nos le dan aquí á besar como á los pastores y reyes, sino para recibirle en nuestras entrañas. ¡Oh amor inefable! ¡oh largueza nunca oida! ¡Que reciba yo en mi pecho y en mis entrañas al mismo Dios en persona, al mismo Jesucristo verda-

dero Dios y verdadero hombre! Al mismo que recibió y trajo la sacratísima Reina de los Ángeles nueve meses en sus entrañas, al mismo recibimos nosotros en las nuestras. Si santa Isabel, madre del glorioso Bautista, por entrar en su casa la Virgen vuestra madre, en cuyas entrañas ibais Vos, maravillada y llena del Espíritu Santo, dió voces diciendo: *Et unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* Luc. i, v. 43. ¿De dónde á mí, que venga la Madre de Dios á mí? ¿qué diré yo viendo que no por las puertas de mi casa material, sino de las de mi cuerpo y alma, dentro de mí mismo entraís Vos, Señor, Hijo de Dios vivo? ¿Con cuánta mayor razon diré: *Et unde hoc mihi?* ¿De dónde á mí? ¿Á mí, que tanto tiempo he sido morada del demonio? ¿Á mí, que tantas veces os he ofendido? ¿Á mí, tan desconocido é ingrato? ¿De dónde á mí, sino de la grandeza de vuestra misericordia, de ser Vos quien sois, tan bueno, tan amador de los hombres? ¿De dónde, sino de ese infinito amor vuestro?

Añaden y ponderan aquí los Santos, y con mucha razon, que si este beneficio concediera el Señor á solos inocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable: mas ¿qué dirémos que, por el mismo caso que se quiso comunicar á estos, se obligó á pasar por las manos de muchos malos ministros; y así como permitió ser crucificado por manos de aquellos perversos sayo-

nes por nuestro amor, así permite ahora ser tratado por manos de malos y perversos sacerdotes, y entrar en las bocas y cuerpos súcios y hediondos de muchos malos y pecadores, por visitar y consolar á sus amigos? Á todo esto se pone el Señor, y quiere ser otra y otras muchas veces vendido, y escarnecido, y crucificado, y puesto entre ladrones: al modo que dice san Pablo; que los que pecan tornan á crucificar á Jesucristo, cuanto es desu parte: *Crucifigentes sibi metipsis Filium Dei*, ad Hebr. vi, v. 6: todo por comunicárseos á vos. Mirad si tenemos bien que agradecerle, y bien por qué para servirle. Canta la Iglesia, y espántase que no tuviese horror este gran Señor de entrar en el vientre de una doncella: *Non horruiisti virginis uterum*. Pues cotejad la pureza de aquella doncella y la impuridad nuestra, y veréis cuánta mayor razon tenemos para espantarnos que no tenga horror de entrar en el pecho de un pecador.

CAPÍTULO II.

De las excelencias y cosas maravillosas que la fe nos enseña que habemos de creer en este divino Sacramento.

Muchas cosas maravillosas nos enseña la fe católica, que obran aquí las palabras de la consagracion. La primera es, que habemos de creer que en acabando de

pronunciar el sacerdote las palabras de la consagración sobre la hostia está allí el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Redentor, el mismo que nació de las entrañas virginales de la sacratísima Virgen, y el mismo que estuvo en la cruz y resucitó, y el mismo que ahora está sentado á la diestra de Dios Padre. Y en acabando de pronunciar el sacerdote las palabras de la consagración sobre el cáliz, está allí su verdadera y preciosa sangre. Y diciéndose en una misma hora cien mil misas en toda la Iglesia, en el punto que acaba el sacerdote de pronunciar las palabras de la consagración, obra Dios esta conversión maravillosa; y en todas ellas está real y verdaderamente el cuerpo y sangre de nuestro Redentor, y aquí le están consumiendo, y allí le están consagrando, y en todas partes es uno.

La segunda cosa maravillosa que aquí tenemos de creer es, que después de las palabras de la consagración no queda allí pan ni vino, aunque á nuestros ojos, tacto, gusto y olfato parezca que sí; pero la fe nos dice que no. Dijo el patriarca Isaac á su hijo Jacob, cuando para alcanzar la bendición y mayorazgo cubrió sus manos con unos pellejos de cabrito, para parecer á su hermano Esaú: *Vox quidem Jacob est: sed manus sunt Esau.* Genes. xxvii, v. 22. La voz es de Jacob, pero las manos son de Esaú. Así aquí lo que palpamos con las manos, y tocamos con nuestros sentidos, parece pan

y parece vino; pero la voz, que es la fe: *Auditus autem per verbum fidei*, ad Rom. x, v. 18, otra cosa nos dice. *Præstet fides supplementum sensuum defectivi*: La fe suple aquí la falta de los sentidos. Y allá en el maná, sombra y figura de este Sacramento, hubo también este, que sabía el maná á todas las cosas; sabía á perdiz, y no era perdiz; sabía á trucha, y no era trucha: así este divino maná sabe á pan, y no es pan; sabe á vino, y no es vino. En los demás Sacramentos no se muda la materia en otra, sino el agua en el Bautismo se queda agua, y el óleo, óleo en el sacramento de la Confirmación y Extremaunción; pero en este Sacramento múdase la materia. De manera que aquello que parece pan, no es pan; y aquello que parece vino, no es vino: sino la sustancia del pan se muda y convierte en el verdadero cuerpo de Cristo nuestro Salvador, y la sustancia del vino en sangre preciosa. Dice muy bien san Ambrosio, l. de his qui initiantur minist. c. 9: «Quien pudo hacer algo de nada, criando los cielos y la tierra, mucho más podrá hacer una cosa de otra, y mudar una sustancia en otra.» Y más, vemos que el pan que cada día comemos, por virtud del calor natural, en breve espacio se muda en nuestra carne: mucho mejor podrá la virtud omnipotente de Dios hacer en un instante esta conversión maravillosa. Y para que con un espanto se nos quite otro, mucho

mas es que Dios se haya hecho hombre sin dejar de ser Dios, que no que el pan, dejando de ser pan, se vuelva en carne. Pues con aquella virtud divina, con la cual el Hijo de Dios se hizo hombre, con ella misma el pan y el vino se convierten en la carne y sangre de Cristo: *Quia non est impossibile apud Deum omne verbum*: Á Dios ninguna cosa le es imposible, como dijo el Ángel á Nuestra Señora. Lo tercero, hay otra cosa particular en esta conversión, que no es al modo de las demás conversiones naturales, en las cuales cuando una cosa se convierte en otra queda algo de la sustancia de la cosa que se muda; porque la materia es la misma, y solamente se muda la forma: como cuando la tierra se convierte en plata, y en agua el cristal. Es como cuando de un poco de barro ó cera hacéis una vez un caballo, otra un león. Pero en esta admirable conversión, después de la consagración, en la hostia no queda nada de la sustancia del pan, y en el cáliz no queda nada de la sustancia del vino, ni de la forma, ni de la materia, sino que toda la sustancia del pan se convierte y muda en todo el cuerpo de Cristo, y toda la sustancia del vino en toda su sangre preciosa. Y así la Iglesia con mucha conveniencia y propiedad, como dice el concilio Tridentino (1), para significarnos esta total conversión, la llama transustancia-

(1) Concil. Trident. sess. 13 de Sanctiss. Euch. Sacramento, cap. 4.

ción, que quiere decir mudanza de una sustancia en otra. Porque así como la generación natural, porque en ella se muda la forma, se puede llamar propiamente transformación; así en este Sacramento, porque toda la sustancia del pan y del vino se convierte en toda la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo, se llama con mucha razón transustanciación.

De manera que no queda en este Sacramento cosa alguna de la sustancia del pan, ni de la sustancia del vino, sino solamente queda allí el color, olor y sabor, y los demás accidentes del pan y del vino, que llaman especies sacramentales. Y esta es otra maravilla grande que resplandece en este santísimo Sacramento, que están allí estos accidentes sin estar en sustancia y sujeto alguno; siendo propio de los accidentes estar juntos y pegados con la sustancia, como lo enseña toda la filosofía; porque la blancura claro está que naturalmente no puede estar por sí, sino junta y pegada con alguna sustancia, y el sabor y el olor también: pero aquí sobre todo orden de naturaleza se quedan los mismos accidentes del pan y del vino, siendo sobrenaturalmente sustentados por sí solos, como en el aire; porque la sustancia del pan y del vino ya no está allí, como hemos dicho. Y en el cuerpo y sangre de Cristo, que sucede en su lugar, no pueden estar aquellos accidentes; y así los tiene y sustenta Dios de

por sí con un perpétuo milagro. Mas habemos de creer que en este santísimo Sacramento, debajo de aquellas especies y accidentes de pan, está no solo el cuerpo de Cristo, sino todo Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, así como está en el cielo. De manera que en la hostia, juntamente con el cuerpo, está también la sangre de Cristo nuestro Redentor, y su ánima sacratísima y su santísima divinidad. De la misma manera en el cáliz, debajo de las especies de vino está no solamente la sangre de Cristo, sino también el cuerpo, y el ánima y la divinidad. Pero advierten los teólogos que no están aquí todas estas cosas por una misma razón y manera, sino unas están en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras de la consagración, y otras por vía de concomitancia ó compañía. Aquello se dice estar en este Sacramento por virtud y eficacia de las palabras, que se significa y explica por las mismas palabras de la forma de la consagración. Y de esta manera no está en la hostia mas que el cuerpo de Cristo, ni en el cáliz mas que la sangre, porque las palabras hacen lo que significan; y eso solo es lo que significan: Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Aquellas cosas se dicen estar por vía de concomitancia ó compañía, que están juntas, y en compañía de aquello que se explica y declara por las palabras: y porque el cuerpo de Cristo no está

ahora solo, sino juntamente con la sangre, y con el ánima y con la divinidad; por eso están allí también en la hostia todas estas cosas. Y porque la sangre tampoco está ahora sola, sino juntamente con el cuerpo, y con el ánima y con la divinidad; por eso están también en el cáliz todas estas cosas. Porque cuando algunas cosas están entre sí juntas y unidas, á donde está la una ha de estar necesariamente la otra. Entenderse ha esto bien por aquí. Dicen los teólogos que si en aquellos tres días que Cristo estuvo en el sepulcro consagrara san Pedro ú otro de los Apóstoles, que no estuviera en el santísimo Sacramento el ánima de Cristo; porque entonces no estaba el ánima junta con el cuerpo, sino solamente estuviera allí el cuerpo muerto, como estaba en el sepulcro, aunque junto con la divinidad, porque esa nunca la dejó. De la misma manera cuando consagró Cristo el jueves de la cena, estaba allí en el Sacramento Cristo nuestro Redentor, verdadero Dios y verdadero hombre; pero pasible y mortal, como entonces lo era. Mas ahora está en el Sacramento, vivo, glorioso y resucitado, inmortal é impassible como está en el cielo.

Empero, aunque esto es así, que en la hostia está la sangre, y en el cáliz el cuerpo de Cristo nuestro Redentor, con todo eso convino que se hiciesen estas dos consagraciones distintas, cada una de por sí;

para que así se representase mas al vivo la pasión de Cristo, en la cual la sangre se apartó del cuerpo. Y así se hace mención de esto en la misma consagración de la sangre: *Qui pro vobis, et pro multis effundetur*. Y también, pues se institua este Sacramento para alimentar y sustentar nuestras ánimas, convino que se instituyese no solo en manjar, sino también en bebida. Porque el perfecto alimento del cuerpo de estas dos cosas consta. Pero una cosa podemos sacar de aquí para consuelo de los que no son sacerdotes, y es, que aunque no comulgan debajo de ambas especies, como los que dicen misa, sino solamente debajo de especies de pan, por muchas y muy graves razones que para esto tuvo la Iglesia; pero recibiendo en la hostia el cuerpo de Cristo nuestro Redentor, reciben juntamente su sangre, y su ánima y su divinidad; porque todo entero y perfectamente está debajo de cualquiera de las dos especies. Y dicen los teólogos y los Santos, que reciben tanta gracia como los sacerdotes que comulgan debajo de ambas especies, llegando con igual disposición. San Hilario dice que así como en el maná, que fue figura de este santísimo Sacramento, ni el que cogía mas hallaba por eso mas, ni el que cogía menos hallaba por eso menos, como dice la Escritura, *Exod. xvi, v. 18*; así también en este divino Sacramento, ni el que le recibe debajo de es-

pecies de pan y vino recibe por eso mas, ni el que le recibe solamente debajo de especies de pan recibe por eso menos. Todos son iguales en esto.

Mas hay otra maravilla grande en este altísimo Sacramento, y es, que no solamente está Cristo todo entero en todas las hostias, y todo entero en el cáliz, sino en cada partícula de la hostia y en cada partícula de las especies del vino está también todo Cristo, tan entero como está en toda la hostia, y tan entero como está en el cáliz, por mínima que sea la partícula, como se colige claramente del mismo Evangelio; porque Cristo nuestro Señor no consagró de por sí cada bocado de aquellos con que comulgó á sus Apóstoles, sino consagró de una vez tanta cantidad de pan que, dividida, bastase para comulgarlos á todos. Y así del cáliz dice expresamente el sagrado Evangelio, que le dió Cristo á sus Apóstoles, diciendo: *Accipite, et dividite inter vos*. Luc. xxii, v. 17. Tomad este cáliz, dividid-le entre vosotros. Y no solo cuando se parte y divide la hostia ó el cáliz, sino también antes que se parta, está el cuerpo de Cristo todo entero en toda la hostia, y todo entero en cualquier parte de ella, y todo entero en todas las especies del vino, y todo entero en cualquier partícula de ellas. Algunos ejemplos y comparaciones hay acá en lo natural que nos pueden dar alguna luz en esto. Porque nues-

tra ánima está también toda en todo el cuerpo, y toda en cualquiera parte de él. Y la voz que yo hablo, que es ejemplo que trae san Agustín, está toda en vuestros oídos, y toda en los de todos los oyentes. Y si tomáis un espejo, veréis en él vuestra figura toda entera, aunque el espejo sea pequeño, y mucho menor que vos. Y si dividís el espejo en muchas partes, en cada parte veréis también vuestra figura, ni más ni menos como la veáis en todo el espejo. Estos y otros semejantes ejemplos y comparaciones traen los Doctores y los Santos para declararnos estos misterios, aunque ninguno hay que del todo tenga semejanza; pero todavía ayudan y dan alguna luz.

Y hay aquí otro misterio, que cuando se parte y divide la hostia ó el cáliz, los accidentes del pan y del vino son los que allí se parten y dividen; pero Cristo no se parte ni divide, sino entero se queda en cualquier partícula, por pequeña que sea. Y de la misma manera cuando mascáis la hostia, no mascáis ni desmenuzáis á Cristo. Dice san Jerónimo, t. 4, p. 358 apud Euseb.: *O humanorum illusio sensuum! franguntur illa quæ humanis sensibus in te videntur accidentia, et tamen nec corrumpis, nec frangeris: te dentes videntur masticare, velut materiam panem, et tamen nunquam masticaris: perfectus, et integer, sub qualibet, quantumcumque minima, contineris particula.* ¡Oh engaño é ilusión de nuestros sentidos! parece

que os partimos y mascamos como al pan material que comemos; pero la verdad es que no partimos ni mascamos sino aquellos accidentes que vemos. Pero Vos, Señor, entero y perfecto os quedáis en cualquier partícula sin corrupción ni división alguna, y entero os recibimos; y así lo canta la Iglesia: *A sumente non concisus, non confractus, non divisus, integer accipitur. Nullarei fit scisura, signi tantum fit fractura.* Acontécenos en este convite al revés que en los convites de acá, en los cuales cortáis un manjar, pero no cortáis los platos ni vasija. Pero en esta divina mesa no es así, pártese el plato y la vasija, que son los accidentes, y quédase el manjar y la sustancia entera: mas en las otras mesas coméis la vianda y el manjar, pero no coméis las vasijas ni los platos; pero en esta mesa soberana comemos el manjar, y es tan sabroso, que nos comemos el plato tras él.

Todas estas cosas que la fe nos enseña nos habemos de contentar por ahora con creerlas y venerarlas, sin quererlas escudriñar curiosamente, yendo siempre en aquel fundamento de san Agustín, t. 12 sup. Joan.: *Demus aliquid Deum posse, quod nos fateamur illud investigare non posse.* Este ha de ser como primer principio, que puede Dios más de lo que podemos nosotros alcanzar; porque, como dicen muy bien los Santos, no fueran grandes las cosas de Dios, si nuestro entendimiento y razón las pudiera com-

prender; y así es el mérito de la fe creer lo que no vemos. Y aun en los misterios de este santísimo Sacramento hay una cosa especial, que no hay en los demás misterios de la fe; porque en los demás creemos lo que no vemos, que es mucho de loar: *Beati qui non viderunt, et crediderunt.* Joan. xx, v. 29. Mas aquí no solo habemos de creer lo que no vemos, sino contra lo que nos parece que vemos. Porque, según nuestros sentidos, parecenos que hay allí pan y vino, y habemos de creer que no los hay. Es semejante la fe que tenemos de este misterio á la que tuvo Abraham, que tanto encarece san Pablo: *Qui contra spem in spem credidit.* Ad Rom. iv, v. 18. Venció la esperanza sobrenatural á la desconfianza natural que los ojos veían, porque creyó y esperó que tendría hijo, contra todo lo que le prometía la esperanza natural, pues naturalmente no le podía tener, por ser él y su mujer ya muy viejos; y después queriendo sacrificar ese hijo, como Dios se lo había mandado, con todo eso creyó que le había el Señor de cumplir la promesa que le había hecho de multiplicar en él su generación. Así en este divino Sacramento creemos contra lo que naturalmente nos dicen todos nuestros sentidos; y así es de gran mérito lo que aquí creemos. Dijo Dios, *Exod. xvi, v. 12,* á su pueblo: *Á la mañana comeréis pan, y á la tarde os daré carne. La mañana es esta vida presente. Dáenos Dios en*

especie de pan y vino; pero cuando asome la tarde, por la cual es significada la gloria, veréis la carne de Cristo, entenderéis claramente cómo y de qué manera está allí: romperáse entonces el velo, correránse las cortinas, y veremos todas estas cosas claramente cara á cara.

Muchos milagros y muy auténticos pudiéramos aquí traer en confirmación de lo que habemos dicho; porque están los Santos y las historias llenas de ellos. Pero solo quiero decir uno que se refiere en la Crónica de la Orden de san Jerónimo, l. 2, cap. 9 de su Crónica. Un religioso llamado Fr. Pedro de Cavañuelas, que después fue prior de Guadalupe, fue muy combatido de tentaciones de fe, y especialmente acerca del santísimo Sacramento del altar, diciéndole el pensamiento cómo podía ser que hubiese sangre en la hostia. Y quiso el Señor librarle del todo de esta tentación con un modo maravilloso. Y fue, que diciendo él un sábado misa de Nuestra Señora, después que hubo consagrado, inclinándose á decir la oración que comienza: *Supplices te rogamus,* vió una nube que descendió de lo alto, y cubrió todo el altar donde él decía la misa, de manera que con la oscuridad de la nube él no podía ver la hostia ni el cáliz. Y como se espantase mucho de este acaecimiento, y fuese lleno de grandísimo temor en ver lo que había, rogó á Nuestro Señor con

muchas lágrimas que le quisiese librar de este peligro, y manifestar por qué causa aquello habia acaecido. Y estando así llorando y con gran temor, poco á poco se fué quitando la nube, y esclareciendo el altar del todo; y mirando al altar, vió que le faltaba la hostia consagrada, y que el cáliz estaba descubierto y vacío, porque tambien le habia sido de él tomada la sangre. Y fue tan grande el espanto y temor que recibió cuando esto vió, que quedó como muerto; y tornando en sí, comenzó con gran dolor de su corazon, y derramando muchas lágrimas de sus ojos, á rogar de nuevo á Nuestro Señor y á su santísima Madre, cuya misa decia, que le perdonasen, si lo que habia acaecido era por su culpa, y le librasen y sacasen de aquel tan grande peligro. Y estando en esta congoja, vió venir por el aire la hostia puesta en una patena muy resplandeciente, y púsose encima de la boca del cáliz, y comenzaron luego á destilar y salir de ella gotas de sangre dentro del cáliz, y salió en tanta cantidad como antes estaba. Y acabada de salir la sangre, se volvió la hijuela de los corporales á poner sobre el cáliz, y la hostia á su lugar, sobre el ara, donde estaba primero. El sacerdote, estando muy espantado en ver tan grandes misterios, y no sabiendo qué se hacer, oyó una voz que le dijo: Acaba tu oficio, y séate en secreto todo esto que has visto. Y de ahí adelante nunca mas

sintió aquella tentacion. El acólito ó ministro que servia á la misa no vió ninguna cosa de estas, ni oyó la voz, mas sintió las lágrimas del sacerdote, y como se tardó mucho mas en la misa que solia. Todo lo susodicho se halló despues de su muerte escrito en una cédula de su mano, puesta entre su confesion general; lo cual él hizo en señal del secreto que le fue mandado guardar.

CAPÍTULO III.

Comiézase á tratar de la preparacion que pide la excelencia y dignidad de este divino Sacramento.

Esta ventaja tiene este divino Sacramento sobre todos los demás, que está aquí real y verdaderamente el mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Y por esto es el mas excelente de los Sacramentos, el que mayores gracias y efectos obra en nuestras almas: porque en los otros Sacramentos participamos la gracia que se nos comunica allí; pero en este participamos la misma fuente de gracia. En los otros Sacramentos bebemos como de arroyo que mana de la fuente; pero en este bebemos en la misma fuente, porque recibimos al mismo Cristo, verdadero Dios y hombre. Y así se llama este santísimo Sacramento Eucaristía, que quiere decir buena gracia; porque todo el

bien y el principio de la gracia aquí está. Y porque aquí se nos da el mismo Hijo de Dios, que con verdad se llama gracia y don hecho al linaje humano por el misterio de la Encarnacion; por esto tambien se llama por antonomasia Comunión: conforme á aquello de san Lucas, que dice de los fieles en los Actos de los Apóstoles, II, v. 42: *Erant perseverantes in communicatione fractionis panis*. Porque recibiendo este santísimo Sacramento participamos del sumo y mayor bien que hay, que es Dios, y con él de todos los bienes y gracias espirituales. Dándonos su carne y sangre, nos hace partícipes de todos aquellos tesoros que con esa sagrada carne y sangre nos adquirió. Aunque tambien se dice comunión, porque une los fieles entre sí; porque recibiendo todos un manjar y á una mesa, nos comunicamos y juntamos, y hacemos una misma cosa, á lo menos en la fe y Religion somos todos un cuerpo, conforme á aquello que dice san Pablo: *Unus panis, unum corpus, multi sumus, omnes, qui de uno pane participamus*. I Cor. c. x, v. 17. Todos somos un pan y un cuerpo aquellos que participamos de un mismo pan. Y por eso dice san Agustin que instituyó Cristo este Sacramento debajo de especies de pan y de vino, para denotar que como el pan se hace de muchos granos de trigo que se unen en uno, y el vino de muchos granos de uvas; así de muchos fie-

les que comunican y participan de este Sacramento se hace un cuerpo místico. San Juan Damasceno compara este santísimo Sacramento á aquel carbon ó brasa encendida con que uno de los Serafines purificó los labios del profeta Isaías, y quitó todas sus imperfecciones. *Isai. vi, v. 6*. Así, dice, este manjar celestial, por estar unido con la divinidad, que es fuego consumidor: *Deus noster ignis consumens est*; Deut. IV, v. 24; ad Hebr. c. XII, v. 29, consume y purifica todas nuestras imperfecciones y maldades, y nos llena de dones y bienes espirituales. Finalmente este es aquel convite del Evangelio, en el cual manda Dios decir á los convidados: *Ecce prandium meum paravi; tauri mei, et altitia occisa sunt, et omnia parata*, Matth. XXII, v. 4; diciendo que todas las cosas están á punto y preparadas, da á entender que aquí en este sagrado convite tenemos todas las cosas que se pueden desear. Y así dijo el profeta David, Psalm. LXVII, v. 21, de este manjar: *Parasti in dulcedine tua pauperi Deus*. No dice qué es lo que nos preparó, porque es tan grande el bien que allí se encierra, que no se puede con palabras explicar. Y así con razon exclama la Iglesia: *O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus, mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur!* ¡Oh sagrado convite, en el cual recibimos á Dios! El mismo nombre de convite nos dice la alegría y conten-